suyas, en tanto que se atribuyeron ellos por medio de un plebíscito que provocó el tribuno Trebonio, Pompeyo la España y Craso la Siria, por cinco años, el mismo tiempo de próroga que obtuvo en su mando César.

Repartida así la república entre sus tres amos, pasó el año 55 sin sucesos importantes. Craso no esperó á su fin para tomar posesion de su gobierno. Diez y seis años hacia que no se le habia visto en los campamentos, y como entretanto Pompeyo habia sojuzgado el Asia y César la Galia, deseaba mucho refrescar la memoria de sus antiguos triunfos, para poder igualarse en gloria con sus dos rivales. El procónsul de las Galias habia penetrado hasta los confines de Occidente, y él queria llegar hasta los del Oriente, por la otra parte del Gánges. Sin embargo, la nueva guerra tropezó con una oposicion inesperada : Craso encontró en las puertas de la ciudad al iracundo Ateyo, uno de los tribunos, que pronunciaba contra él, contra su ejército y contra Roma las mas terribles imprecaciones, sobre un brasero encendido.

Nada se cambiaron las cosas en Oriente bajo el gobierno de Pompeyo ; pero Gabinio supo patentizar el partido que un gobernador podia sacar de Siria, pues por 10,000 talentos se vendió á Tolomeo Auletes, y despues de haberle restablecido en el trono de Egipto, le dejó la mitad de sus tropas. Acusáronle en Roma de atentado á la majestad del pueblo romano, y él compró á sus jueces y salió absuelto. Sin embargo, otra vez que Ciceron tuvo la debilidad de defenderle por complacer á Pompeyo, fué condenado al destierro porque regateó con el tribunal. Craso le reemplazaba. El triunviro salió con el plan de atacar á los partos, y sin estudiar el pais, sin tramar útiles intrigas con los descontentos y con los pueblos circunvecinos, que le habrian proporcionado buenos prácticos y mucha caballería, se apresuró á pasar el Éufrates, tomó algunas ciudades, dispersó fácilmente algunas tropas, y por tan leves triunfos se hizo proclamar *imperator*, con lo cual, en vez de avanzar hácia Babilonia y Seleucia, que aborrecian la dominacion de los partos, se volvió á pasar el invierno en Siria, donde permitió que su ejército perdiese su disciplina y su valor en la licencia y la molicie. No obstante sus 61 años andaba sin cesar visitando templos para robar los tesoros, y saqueó el de Jerusalen como habia saqueado el de Hierápolis. Craso no quiso aceptar el paso por Armenia que le ofrecia el rey Artavasde, y en cuyo pais el ejército romano habria encontrado víveres, caminos seguros y un terreno favorable para su táctica, y lo que hizo fué atravesar otra vez el Éufrates por Zeugma, con siete legiones y 4,000 jinetes, y engañado por un jefe árabe, entró por la Mesopotamia en un arenal inmenso, donde los soldados vinieron á encontrarse faltos de todo, hasta de la confianza en su caudillo (53).

Los partos dividieron sus fuerzas : el rey Orodes se encaminó al norte para contener al rey de Armenia, y el surena ó generalísimo reunió al oeste su formidable caballería para envolver á la pesada infantería romana. Cuando aquellos jinetes se precipitaron sobre las legiones, las filas compactas resistieron, pero las armas de los romanos llegaron á ser inútiles : si avanzaban, huian los partos, y si se detenian, flanqueaban los escuadrones aquella masa inmóvil y la acribillaban con sus saetas. La infantería ligera, que corrió á ellos, tuvo que refugiarse desordenadamente detrás de las legiones. Craso el jóven cargó entonces á la cabeza de 1,300 jinetes, galos en su mayor parte; los enemigos cedieron, y habiéndole atraido lejos del campo de batalla, con muchos infantes que le seguian, cuando vieron huir al enemigo, se volvieron de repente, le rodearon, y al cabo de una lucha heróica, Craso, cubierto ya de heridas, mandó á su escudero que le acabara de dar la muerte para que no encontraran mas que su cadáver. Los partos le cortaron la cabeza y la pasearon al frente de las legiones en presencia de su desdichado padre, sobre lo cual se continuó la accion y duró hasta la noche con las mismas vicisitudes. Entrambos ejércitos se acamparon á corta distancia uno de otro. Craso, tendido en el suelo y sumergido en el mas sombrío abatimiento, media el abismo en que le habian arrojado sus ambiciones. En vano Casio trató de reanimarle : preciso fué que él diese las órdenes de retirada. Abandonaron á

4,000 heridos y llegaron á la ciudad de Carres, de donde salió el ejército de noche; pero los guias fueron traidores; muy luego aparecieron los partos, y los soldados, amedrentados, obligaron al triunviro á aceptar una entrevista con el surena. Era una emboscada, y en ella pereció Craso con su escolta. Pocos fueron los hombres que pudieron pasar el Éufrates, perseguidos por los partos; pero Casio, que salió de Carres antes que su general y llegó felizmente á Siria, habia ya tenido tiempo de organizar la defensa, y rechazó al enemigo (53). No les salió mejor otra tentativa que hicieron bajo la direccion de Pacoro, hijo de su rey (52), aunque en cambio Bibulo, sucesor de Casio, se dejó encerrar en Antioquía (51), y los partos amenazaron á la Cilicia, que Ciceron gobernaba.

Interregno (53-52): Pompeyo cónsul único: destierro de Milon (52).

Entretanto Pompeyo estaba en Roma tratando de granjearse nuevamente las simpatías del pueblo con la magnificencia de los juegos que dispuso porque se habia concluido su teatro, donde cabian hasta 40,000 espectadores. Pasado su año consular se quedó á las puertas de Roma, con la idea, dice Caton, de prepararse un trono mediante la anarquía. Cierto es que la situacion de la república era lastimosa. Todo se compraba con el oro, lo mismo el mérito de los candidatos que la inocencia de los culpables. Sin embargo, no puede durar mucho un Estado que no tiene justicia en los tribunales ni verdad en las elecciones. La depravacion de la conciencia pública y de la moral privada habia llegado al colmo. Entonces fué cuando se dió cuenta al senado de un trato escandaloso, en cuya virtud dos aspirantes al consulado prometieron á los cónsules existentes: primero, tres augures que afirmarian haber asistido á la promulgacion de una ley curiada que jamás se promulgó, y despues dos consulares que declararian haberse hallado presentes á una sesion de reglamento de estado de las provincias consulares, sesion que tampoco se celebró nunca. 400,000 sextercios por esta doble y osada falsedad, suponian que las conciencias de los augures y de los consulares estaban bien baratas!

Figurándonos ahora, en medio de una sociedad semejante, á Caton, pretor entonces, que descalzo y sin toga asistia á su tribunal, ó que repartia al populacho, en vez de las fastuosas prodigalidades de costumbre, higos, lechugas y rábanos, comprenderemos que aquella oposicion, que no se detenia ni ante el ridículo, debia ser, como lo fué, de todo punto impotente. Ciceron casi habia roto con él, y al fin se decidió por los triunviros. Habíanle amedrentado la conferencia de Luca y la renovacion del triunvirato cuando estaba á punto de pasarse á los que combatian la ley agraria de César, y de repente comenzó á elogiar á César en todas partes, escribió un poema en su honor y aceptó para su hermano un grado de teniente en el ejército de la Galia. No le inspiraba el menor recelo la dictadura de Pompeyo, que era inminente, y hablaba de ella sin indignacion, diciendo: « ¿Quiere Pompeyo ó no quiere? Nadie lo sabe; pero lo cierto es que todo el mundo se pierde en conjeturas. »

Efectivamente, no se verificaron las elecciones consulares y hubo seis meses de interregno en el año 53, interregno que se repitió el siguiente año (52). Milon, Escipion é Hipseo pedian el consulado con las armas en la mano, y todos los dias habia motin y corria sangre. Milon y Clodio se encontraron en la via Apia, vinieron á las manos, y Clodio murió en la pelea: sus amigos recogieron su cadáver y levantaron la pira en un templo donde el senado celebraba sus reuniones, y entonces el templo fué tambien presa de las llamas. Luego trataron de incendiar la casa de Milon, lo que impidieron los caballeros y los senadores armados, y á todo esto continuaban los asesinatos. Así fué que hasta el mismo Caton apoyó la proposicion de Bibulo para que se nombrase á Pompeyo cónsul único (25 de febrero de 52).

Gravísimo era el hecho, pues él consumaba la reunion de Pompeyo con el senado y su ruptura con César. Hacia dos años que el resultado estaba previsto. La muerte de

Julia (54) rompió un lazo que habrian respetado los dos, y la de Craso (53) les puso en presencia, sin nadie en medio que amortiguara los choques. La rivalidad puede durar entre tres porque hay equilibrio; pero entre dos presto trae la guerra. Si César tenia sus legiones, Pompeyo era cónsul único, y ademas conservaba su proconsulado en España. La fórmula *Caveat consul* le daba una autoridad absoluta, por decreto se le prescribió levantar tropas, y, finalmente, si queria un colega podia elegirle, y hasta pasados cinco meses no eligió á Metelo Escipion (1° de agosto). En suma, era el soberano, como se habia propuesto, salvando las apariencias por las vias legales : Pompeyo trató de justificar aquella confianza del senado.

Con la idea de desembarazarse de Milon y de su gente, promulgó nuevas leyes contra la violencia y las candidaturas y citó ante la justicia al asesino de Clodio, asustando de tal modo á Ciceron con los soldados que llevó al tribunal, que no se atrevió á presentar la defensa. El acusado se refugió en Marsella, y dijo cuando recibió la Miloniana, bien trabajada por el orador en el silencio del gabinete : « Si hubiera hablado tan bien como escribe, no comeria yo hoy un pescado tan exquisito. »

Muerto Clodio, desterrado Milon y sus bandas dispersas, se calmaron mucho las pasiones, la justicia parecia menos venal, el foro no era ya teatro de tragedias, la censura iba recobrando sus derechos y el senado volvia á creer en su poderío. Sin embargo, Pompeyo alcanzó otra próroga de cinco años en su proconsulado de España, con el derecho de sacar anualmente 1,000 talentos del tesoro; y como aun no se consideraba en posicion de romper con César, hacia que le autorizasen para aspirar al segundo consulado; pero antes de abandonar el cargo procuró que el consulado se diese á Marcelo, quien seguidamente emprendió la guerra contra el procónsul de las Galias (51).

Ataques contra César : Curion (51-49).

Habia concedido César el derecho de latinidad á los habitantes de Novocomo en la Transpadana, y queriendo demostrar Marcelo el poco caso que hacia de sus actos, mandó apalear á un magistrado de aquella poblacion, y le dijo porque invocaba los derechos que le habia dado César : « Los golpes son la marca del extranjero; anda á enseñar á tu protector como te he puesto las espaldas. » Pompeyo perdia un tiempo precioso en sus eternas vacilaciones. En tanto que su rival concluia felizmente su larga guerra, él, por razones de salud, pasaba á Tarento y se entretenia en filosofar con Ciceron, permitiendo así que el senado se adelantara á tomar el primer papel, de modo que muy luego la rivalidad vino á encontrarse, no ya entre Pompeyo y César, sino entre César y la aristocracia, cuyo general era Pompeyo. Las elecciones del año 50 le fueron desfavorables, pues los cónsules designados eran ardientes partidarios del senado. La elevacion al tribunado del jóven Curion, hombre tan osado como elocuente, pareció una victoria á los enemigos de César; pero Curion estaba acribillado de deudas, y César compró en secreto al futuro tribuno.

Los poderes de César se acababan el último dia de diciembre de 49; los grandes no quisieron esperar dos años, y el 1° de marzo del 50 el cónsul Marcelo puso á votacion su llamamiento para el 13 de noviembre del presente año. Disponíase la mayoría á adoptar la proposicion, cuando Curion, despues de alabar la cordura del cónsul, dijo que la justicia y el interés público querian que se aplicase la misma medida á Pompeyo, y que él opondria su veto si no se obraba así. El golpe era muy hábil : Curion parecia el único que, en medio de los partidos, parecia acordarse de la libertad y de la república. Continuando aquel papel de falsía y de mentido patriotismo que representaba hacia tanto tiempo, Pompeyo ofreció al senado su dimision; pero cuando le apremió Curion para que cumpliera su promesa, buscó pretestos, y el resultado de aquella sesion en la que pronunció tan bellas palabras, fué la órden enviada á César de que pusiera dos de sus legiones á la disposicion del senado. Cierto es que el decreto especificaba que cada uno de los dos procónsules daria una legion para la Siria, en donde se temia una invasion de los partos; pero Pompeyo

habia prestado una á César anteriormente, y la reclamó, de cuyo modo dió las dos legiones el cónsul de las Galias, legiones que en cuanto llegaron, en vez de pasar á Asia, se acantonaron en Cápua por órden de Marcelo.

Cada dia se hacia mas inminente la lucha, y sin embargo no se veian preparativos, no se tomaban medidas de defensa, y cuando preguntaban á Pompeyo con qué ejército contendria á su rival si pasaba los montes, decia : « En cualquier sitio de Italia en donde pegue yo con el pié saldrán legiones. » Los cónsules eran partícipes de su confianza. Marcelo, el mas prevenido contra César, sometió otra vez al senado la cuestion de su llamamiento, que Curion modificó de esta manera, á nombre del interés público : « Entrambos generales deben abdicar á la vez. » 370 votos contra 22 aprobaron, y fuera resonaron los mas vivos aplausos al animoso tribuno. « Ganais, exclamó Marcelo, pero tendreis por amo á César. » Pocos dias despues, á la noticia de que el ejército de la Galia pasaba los Alpes, entregó su espada á Pompeyo y le ordenó que tomara el mando de todas las tropas acantonadas en Italia para la defensa de la república. Curion se opuso á esta disposicion inaudita, no se levantaron tropas, y gracias á esto, César aparecia ahora como víctima de Pompeyo y de la faccion oligárquica. Otros dos partidarios del procónsul, Casio Longino y su antiguo cuestor Marco Antonio, iban á tomar posesion del consulado; mas su veto no impidió que decretase el senado el 1º de enero de 49 que si un dia determinado no abandonaba César su ejército y su provincia, seria tratado como enemigo público. Acercábanse soldados pompeyanos, y entonces los dos tribunos y Curion, distrazados de esclavos, huyeron hácia el campamento de César, y pareció que la legalidad huyó tambien con ellos.

CAPITULO XXIII.

GUERRA CIVIL Y DICTADURA DE CÉSAR.

Tendencia de los ánimos hácia la monarquía: pasa César el Rubicon (49) y conquista la Italia. — Guerra de España y sitio de Marsella: César dictador. — Combates en torno de Durazzo : Farsalia (48) : muerte de Pompeyo. — César sitiado en Alejandría (48): victoria del Nilo (47). — Cleopatra: expedicion contra Farnaces: regreso de César á Roma (47) : guerra de Africa (46) : batalla de Tapso: muerte de Caton. — Decretos del senado en favor de César: su triunfo: moderacion de su gobierno. — Los hijos de Pompeyo en España: batalla de Munda (45). — Concentracion de todos los poderes en manos de César: sus proyectos. — Los conjurados: muerte de César (44).

Tendencia de los ánimos hácia la monarquía : pasa César el Rubicon (49) y conquista la Italia.

No debió César el imperio de Roma al favor popular, ni á sus soldados, ni á su genio. La causa principal, irresistible, de su poderío, fué la necesidad que habia de un gobierno estable. Todo se inclinaba á la monarquía, que hacian inevitable la pérdida de las costumbres y de la igualdad, la desorganizacion del imperio y los votos de las clases pacíficas. ¿No habian sido monarquías transitorias el tribunado de Cayo, los consulados repetidos de Mario y de Cinna, la dictadura de Sila, los mandos de Pompeyo? La idea progresaba mucho hacia un siglo, y á sabiendas ó no se habia hecho partidarios aun entre los hombres principales de la república. Aquella paz que pide Lucrecio, aquel reposo que busca Atico alejándose de los negocios y de la amistad de todos los rivales, hasta las incertidumbres de Ciceron, son otros tantos indicios del hastío que se apoderaba de aquellos grandes hombres en presencia de la terrible anarquía que aun conservaba el nombre de república romana. « Es hora de abandonar esa vana quimera que llamais república, » decia Curion; y Ciceron escribia á su yerno Dolabela : « Ven á unirte con nosotros y con César, pues la república gastada á que eres adicto no es mas que una sombra. » Tambien César decia : « Nombre vano y sombra sin cuerpo. » La humanidad, segun los tiem-